

17-8-1979
D16

Felipe: Sobran leyes y nos faltan hechos

Las leyes están muy bien, pero sólo si son consecuencia de un análisis político y no a la inversa, resume Felipe González en la segunda parte de sus declaraciones.

El ex secretario general del PSOE advierte que si no se confirma en los hechos el proceso democrático, si el «juridicismo» reemplaza a la solución efectiva de los problemas que preocupan al ciudadano, como el paro, la inseguridad y el terrorismo, la tentación totalitaria se impondrá.

Y no se hace ilusiones: es imposible luchar con eficacia contra el terrorismo antes de dos o tres años.

Estas declaraciones de Felipe González, en las que también propugna llevar la autonomía hasta los Ayuntamientos y rechaza la posibilidad de un Gobierno de coalición con UCD y, más aún, la de un Gobierno de concentración como propone insistentemente el PCE, cierran el serial de Pedro Altares sobre «El PSOE entre dos congresos». Nuestros lectores conocen ya las repercusiones que estos artículos han tenido en el seno de ese partido y las reprimendas que a algunos de los entrevistados les han valido sus declaraciones a D16.

Pedro Altares

P.— Los planteamientos estéticos y los planteamientos ideológicos siempre han estado muy presentes en las polémicas de la izquierda. Es un tema que se renueva perpetuamente. Gómez Llorente volvió, de alguna manera, a replantear la distinción entre acceder al Gobierno y acceder al poder. ¿Cómo ves ese problema? Algunos dicen que donde se ve la oreja a un socialdemócrata es en esa búsqueda de acceder al Gobierno y que eso es una engañoso porque, en definitiva, el poder es otra cosa.

R.— En un partido político como el PSOE, existen fundamentalmente tres posiciones. Una, la de la gente que quiere llegar al poder y que quiere llegar rápidamente. Podríamos situarla a veces, sólo a veces, en esa posición socialdemócrata.

Hay otros sectores, mucho más amplios, que no quieren ni de broma llegar al poder, le tienen miedo. Frente a la prisa por el poder, existe el miedo, a veces el pavor, de asumir la responsabilidad. Después en el partido hay gente que ha racionalizado el tema y piensa que la lucha por el poder político, teniendo en cuenta que éste tiene un sentido instrumental dentro del socialismo, es algo que un partido debe buscar lógicamente y que no elige nunca el momento histórico en que se produce esa asunción de responsabilidades de poder. No lo elige, lo elige el pueblo o lo fuerzan las circunstancias. Por consiguiente están en una postura que no es ni de darse prisa, ni de tener miedo ante el poder. Creo que ésta es la única postura razonable, lo único serio o riguroso desde el punto de vista socialista.

Pero se plantean polémicas, a mi juicio, absolutamente baladíes. Por ejemplo, la distinción entre Gobierno y poder es puramente intelectual, porque nunca sabes dónde está la frontera entre tener el Gobierno y tener el poder.

El poder político no es todo el poder, o el Gobierno, que, en definitiva, es la

expresión del poder político, no es todo el poder, pero es una parte del poder. Después, hay montones de poderes de todo tipo. Pero es que lo deseable es que no sea todo el poder. O sea que lo deseable no es que el cincuenta más uno por ciento de los votos permitan que un partido controle todas las parcelas de poder de una sociedad, sin contrapoderes. Eso no es verdad, en democracia, jamás. Eso sólo es verdad con un pensamiento autoritario, autocrático, aunque sea emergente de un resultado electoral.

Por tanto, la distinción Gobierno-poder no se puede mantener. La democracia es así, es un juego de limitaciones de poderes y de compensaciones. Si no, la tentación autoritaria es una tentación en la que se cue de forma casi inexorable. Lo que ocurre es que, dependiendo de la parte de poder que controlas y de la resistencia que ofrece la otra parte que controla el resto del poder, tienes más o menos capacidad de transformación. Esto nunca es lineal: hay veces que con el 60 por 100 de los votos tienes menos poder que con el 40 por 100 en otras circunstancias, dramatizando mucho el ejemplo, porque los grados de resistencia que encuentras de la contraparte son distintos.

Por lo demás, creo que se está en transición al socialismo desde la oposición, desde el poder, y en transición al socialismo desde la mayoría parlamentaria. No digo sólo en el poder, sino desde la mayoría que te permite hacer esa transformación. Creo que es otra distinción falsa de la que se deriva otra que es totalmente falsa: el momento en que la burguesía descubre que el proceso es totalmente irreversible y teme la pérdida del control del poder... etcétera. ¿Quién es la burguesía? ¿Es un señor sentado detrás de un sillón con una máquina computadora que tiene una lucecita roja que le dice cuál es el momento irreversible?

La burguesía es un conglomerado de clases, de intereses, totalmente diversifica-



«...yo no veo dramática la situación. Creo que el Gobierno tendría recursos para salir adelante...»

● *Cualquiera que se sienta detrás de un sillón empieza a perder contenido ideologizante y a transformarse en una persona que quiere resolver problemas*

dos, no puestos de acuerdo, que no funcionan al unísono y mucho menos como una computadora. Igual que las clases trabajadoras, tampoco funcionan con computadora y es falso que tengan conciencia objetiva y subjetiva del cambio. En todo caso, efectivamente, se podría hablar de la conciencia de la sociedad del cambio subjetivamente; si no, no votaría a la derecha.

Por tanto, yo creo que lo que distingue a un socialdemócrata, al hilo de ese pensamiento de Gobierno o no Gobierno, de un socialista, distinción que es buena resaltar, se reflejó en un debate que tuve con los militantes. Cuando yo hablé de la incorporación de la mayoría de la sociedad al proyecto socialista de cambio, y por tanto la necesidad de hacer un proyecto socialista sectorializado que llegara a los verdaderos problemas de cada uno de los sectores, hubo quien lo tradujo inmediatamente, pero sin hacer ningún tipo de manipulación, por la oferta

electoral sectorializada para conseguir una mayoría de votos. Que no es más que una parte del mensaje que yo estaba dando.

P.— Vayamos a un ejemplo concreto: Los Ayuntamientos democráticos, como parcela de poder, que pueden ser un ejemplo de lo que pasaría con el PSOE en el Gobierno. Un concejal socialista decía que se siente meramente gestor de unos intereses que le vienen dados. Nosotros, decía, no podemos modificar la realidad del señor que está haciendo una urbanización con edificios de 20 pisos en las afueras de Madrid; simplemente le estamos dando la licencia mucho antes que el Ayuntamiento anterior porque queremos ser mejores gestores. El tema que los cuatro años de la izquierda en los Ayuntamientos no haga sino aglilizar las licencias y a la larga estén defendiendo los intereses contrapuestos de su clase...

R.— A mí eso me parece una cierta fulacia. Ser mejores administradores de los bienes de una sociedad,

orientando la administración en beneficio de la mayoría, ya es una tarea política que yo no despreciaría. Cualquiera que se sienta detrás de un sillón empieza a perder contenido ideologizante y empieza a transformarse en una persona que quiere resolver un problema. Lo cual me parece positivo. Ahora, decir que no hay palanca de poder suficiente como para ir transformando realidades, me parece fundamentalmente falso. En el poder municipal también.

Aproximar la política y los problemas

P.— Yendo a la política general, ¿cómo ves el momento de la política española, relativamente distanciado de tus compromisos anteriores?

R.— Al cabo de mucho tiempo durante el que he padecido una relativa ceguera intelectual, cosa que ocurre algunas veces cuando estás agotado y tienes excesivo trabajo, hay algunas cosas que ahora veo claras, en el planteamiento general y en el planteamiento concreto. Por ejemplo, una de las cosas que veo claras es que la estrategia municipal debería ser una estrategia de Estado; ofrecer poder al Municipio en estos momentos o devolverle poder al Municipio, en la medida en que en Europa están funcionando la inmensa mayoría de los Municipios, que tienen muchas competencias y servicios. Los Municipios están mucho más próximos al ciudadano.

El proceso de autonomía no debe quedar detenido en los niveles regionales o de nacionalidad. Sino que debe, y es más fácil y se puede hacer con más velocidad, llegar a los niveles de vida política local. El planteamiento autonómico con esa perspectiva desciende enormemente su capacidad o su nivel de tensión. Ahora, ¿estará el Gobierno dispuesto a hacer una operación de esa naturaleza que favorecería a los Municipios que controlan los partidos de izquierda? Pues, a lo mejor, no. Pero creo que el problema, simplificándolo mucho, y llevándolo a nivel de flash, sigue siendo el de un cierto despegue de lo que es la conciencia ciudadana de los problemas prioritarios para el hombre público o de la clase política. Los ciudadanos sienten el paro y sienten el terrorismo, sienten la crisis económica con sus secuelas fundamentales, también los problemas de inversión, el cierre de empresas, la inflación, etcétera, y sienten también la inseguridad ciudadana.

Y el político no es que no conozca estos problemas o no los sienta, sino que para él están metidos en un paquete con otros 50 problemas, tantos como leyes constitucionales tenemos. Entonces, el hombre político es capaz de hacer un paquete de proble-

● *La democracia mejorando tercer nivel*

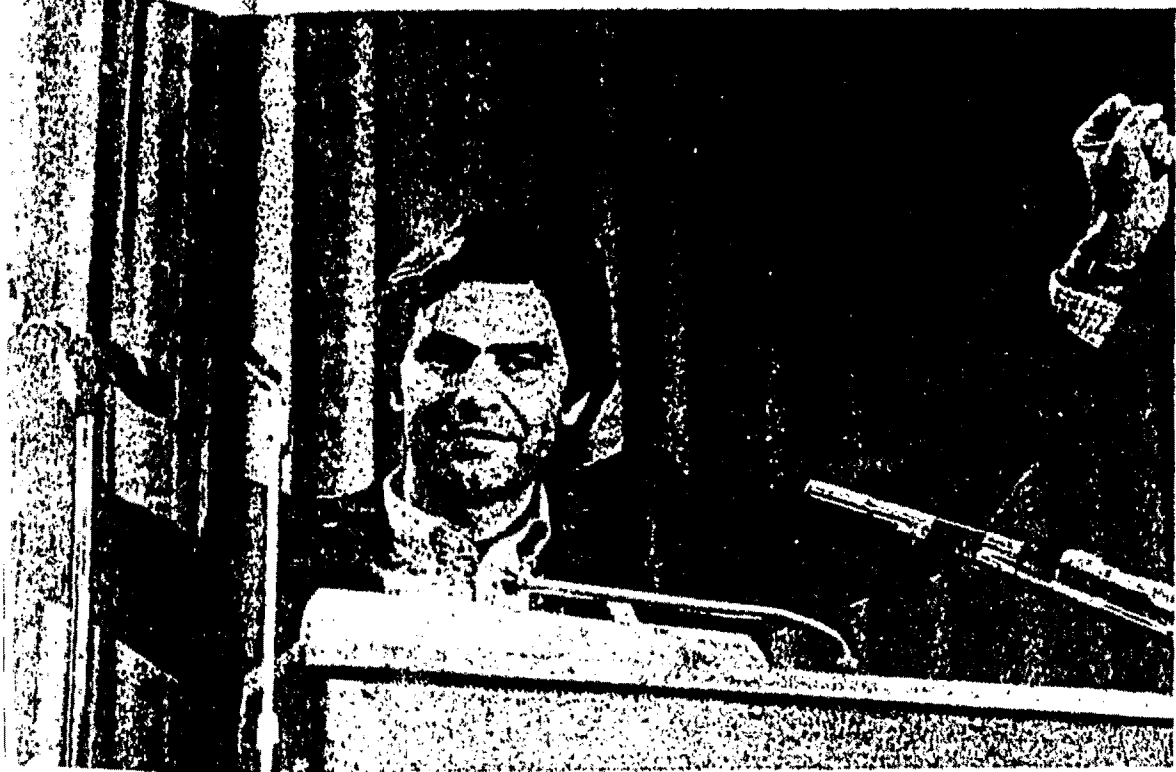
mas fundamentales para acabar de construir la democracia de 50 o 60 leyes, pero el ciudadano medio sólo siente inseguridad y desconfianza porque hay paro y porque hay terrorismo. Entonces, hay que abordar los problemas políticos de este país con un sentido de programa político, económico y social.

No es sólo tener la respuesta técnica a todos los problemas que la clase política tiene para acabar de construir el edificio democrático, además de ir a hacer viviendo al país, sino que es, sobre todo, una operación de establecimiento de prioridades, de prioridades que aquí tienen un sentido distinto al que pueden tener en Europa. Cualquier Gobierno se conoce ante los ciudadanos por ser el Gobierno que hizo dos o tres cosas claras y fundamentales. ¿Quiere decir que nada más hizo eso? No, sino que habían establecido prioridades que eran un poco sus señas de identidad.

Pero es que en España el problema es mucho más grave. No sólo hay que establecer unas cuantas señas de identidad que son impresionables, sino que una de esas señas de identidad de la clase del Gobierno tiene que ser necesariamente algunas de esos problemas que preocupan fundamentalmente a los ciudadanos. Tiene que ser la lucha contra la crisis, contra sus secuelas fundamentales, como el paro, o la lucha contra la violencia y su secuela de terrorismo y de inseguridad en las calles. Lo más dramático del razonamiento es que la lucha contra la violencia

● *La lucha contra la imposible de abordar en dos o tres años*

● *El Ejército no tiene en el País Vasco*



«...la distinción entre Gobierno y poder es puramente intelectual...»

- Insisto: Un Gobierno de coalición es malo para el país y para el Partido Socialista
- Después del Gobierno de coalición, si fracasa, ¿qué?

excesivo en el análisis de estos temas, se ha molestado mucha gente, incluso compañeros, y no debieran molestar. Se debe hacer un planteamiento político, resolver el problema políticamente y buscar la traducción jurídica, no al revés. Aunque esta actitud no sea mecánica, porque uno siempre tiene en la mente las limitaciones de la Constitución, la misión del Estado y el concepto de España. Pero eso se tiene en la mente a la hora de negociar.

¿Gobierno de coalición?

P.— Para terminar, un tema que está en la calle: ¿Gobierno de coalición PSOE-UCD para otoño, si una serie de factores se deterioran? ¿Cómo ves, ahora un poco desde fuera, ese punto?

R.— He dicho varias veces que un Gobierno de coalición es malo para el país y es malo para el Partido Socialista. Al mismo tiempo les he dicho a los militantes que el congreso tiene que establecer una cláusula de salvaguardia de las instituciones que permita que el partido, en una situación de emergencia, asuma las responsabilidades que sean, incluso las responsabilidades del poder. Lo que no puede ser de ninguna manera es encargar a un nuevo congreso extraordinario el que tome esa decisión. Una situación de emergencia no puede permitirse el lujo de esperar sesenta días a que nos pongamos de acuerdo los socialistas. Por tanto tiene que ser la comisión ejecutiva y el comité federal los que estudien ese momento.

Pero, ¿por qué digo que sería malo para el país y para el Partido? Porque confunde posiciones, porque el efecto que inexorablemente debe producir un Gobierno de esa naturaleza es una ampliación de los márgenes de oposición por la izquierda y por la dere-

cha de ese Gobierno en una dinámica absolutamente lógica. Porque por mucho que uno quiera comprometer a todo el mundo en ese famoso Gobierno de coalición, lo que en términos políticos no es pensable, la coalición puede producir imágenes de explotación del éxito por la derecha y por la izquierda. Lo cual me parece inconveniente para este país y llevaría a un modelo político sustancialmente distinto del actual. Es malo también, y creo que esa es la última razón, porque en política es importante saber cuál es el paso siguiente del que se da para saber si hay que darlo.

Entonces, un Gobierno de derechas, que ha empezado su andadura hace tres meses, tiene posibilidades de ampliar el espectro sin confundir totalmente al pueblo con el tema de la gran coalición. Tiene además la posibilidad de presentar al Parlamento actuaciones programáticas concretas para saber cuál es la posición de cada uno de los grupos parlamentarios ante actuaciones programáticas concretas y de audiencia. Por ejemplo, si se entiende que es de suma urgencia el problema del paro, si alguna vez lo llegan a entender, y presentan un programa sobre el paro, yo desde ya digo que no soy de la oposición por ser de la oposición. Es decir, no tengo ningún lujo estético, y apoyaríamos un programa de lucha contra el paro en el Parlamento. Les damos un voto para que realicen este programa contra el paro con el apoyo del 70 por 100 de la Cámara, pero ese programa concreto. O sea, que hay una serie de posibilidades que yo creo que deben ser agotadas antes de dar el salto a la penúltima posibilidad, porque, después del Gobierno de coalición, me tienen que explicar cuál es la fórmula si fracasa.

P.— El Gobierno de concentración de que habla infatigablemente Carrillo...

R.— Eso ya no es fórmula. La coalición supone el ochenta por ciento de la representación parlamentaria; añadirle a eso un diez por ciento más puede tener interés, yo no digo que no lo tenga, pero, vamos, no es exactamente la operación de salvación de última instancia.

País Vasco y Ejército

P.— ¿Crees que se puede producir esa situación de emergencia? ¿La intervención del Ejército en el País Vasco, quizá, si se recrudece el terrorismo?

R.— Yo creo que no se va a producir la intervención del Ejército en el País Vasco. Y me parece que si alguien creyera lo contrario es un estúpido. Me acuerdo de unas declaraciones totalmente desafortunadas, estúpidamente desafortunadas. Las que decían que si no hubiese habido Estatuto la única solución hubiese sido que el Ejército intervenga. Oiga usted,

primero si no hubiese habido Estatuto la otra no era una solución, o por lo menos no es una solución avalable. Será un método, entre otros muchos, de quebrar un proceso o de no sé cuántas cosas más. Ahora, si usted dice que es una solución, en definitiva usted está dando su parabién o su bendición. Aunque me parece que este tema es extremadamente delicado. Pero creo que no se va a producir; sinceramente creo que el Ejército no tiene ningún interés en interrumpir el proceso. Y lo creo con sinceridad. No digo que no haya algunos militares que tengan ese interés. ¡Y civiles! ¡Y frailes! ¡Muy bien! ¿Por qué no? Algunos sectores de la sociedad... ¿Por qué no? Hay algunas gentes que tiene interés en interrumpir el proceso. Pero el Ejército como institución yo, sinceramente, creo que no.

Lo que es probablemente le pase, igual que nos pasa a todos, es que quieren que el proceso cambie de signo, en el sentido de que cree más seguridad y más confianza. Cuando nosotros hicimos la campaña electoral del 1 de marzo, nos dijeron o nos dijisteis muchos que la campaña no respondía a lo que podría ser la oferta de un partido de izquierda. Y yo creo que en este país, en este momento, la solución de emergencia que he planteado antes de lucha contra el paro no es una solución de izquierdas. Es un problema de Estado; es decir, de verlo o no verlo, que no tiene nada que ver con una posición más afinada hacia la derecha o hacia la izquierda. Yo le diría al hombre más de derechas o más conservador de este país, si le interesa la democracia, que lo que está es intentando que le den un crédito para acabar de hacer su obra. Punto. En esos términos, en términos de inversión política, si no siente la preocupación o el desgarramiento que podemos sentir algunas otras gentes por ver que hay un millón y medio de personas en el paro, como centenares de miles sin posibilidades de supervivencia, si no siente eso, nada más le recomendaría que hiciese una inversión. Una inversión que a lo mejor va a tener que pagar durante mucho tiempo. Pero si quiere salvar su empresa política, la derecha de este país no tiene más remedio que hacer una inversión o pedir un crédito. Y ese crédito sólo se da a cambio de una operación de esa naturaleza.

Por tanto, yo no veo dramática la situación. Creo que el Gobierno tendría recursos para salir adelante, y creo que ese mandato popular que ha recibido lo tendría que cumplir. Y si no tiene recursos en el momento en que se muestre en peligro real para el proceso institucional, desde luego los socialistas y todas las fuerzas políticas no tendrían más remedio que asumir su responsabilidad.

democracia necesita ahora apoyo popular. Si no, estamos alimentando tentaciones autoritarias

da y el terrorismo es imposible de abordar con eficacia en los próximos dos o tres años. Pero habría que conseguir crédito de los ciudadanos que permita continuar la obra de Gobierno, no sólo la obra de Estado, la obra de acabar el proceso democrático.

Otro frente de lucha para ganar credibilidad es el problema económico, el problema del empleo, cambiar la política colectiva que existe hoy que cada día hay más paro, cada día hay menos seguridad en el empleo. Por consiguiente, cada día pierden el puesto de trabajo unos cuantos miles de obreros. Por tanto, el problema fundamental no es sólo el de establecer unas prioridades que los ciudadanos sientan como tales, sino el tener un crédito popular que permita acabar la obra que se ha empezado. Si no se tiene ese crédito popular, y se incrementa, como me temo que se va a incrementar durante los próximos meses, el sentimiento de inseguridad y de desconfianza ante el proceso, estamos alimentando el caldo de cultivo de las tentaciones autoritarias.

Autonomías y Constitución

P.— ¿Cómo ves el problema de las autonomías? ¿El PSOE no está, de alguna manera, equivocando el problema?

R.— No es verdad esto último. En primer lugar, los partidos de las nacionalidades están en una postura de defender lo que consideran que es fundamental, lo mis-

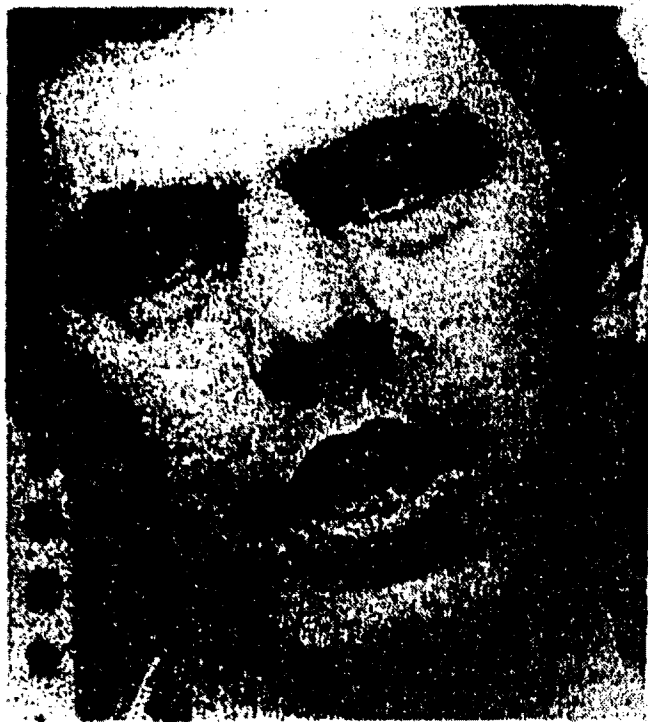
mo vascos que catalanes; si no no lo hubieran puesto en el Estatuto. Ellos están en una postura de buscar fórmulas de entendimiento. Y creo que el Gobierno también ha matizado el comportamiento de UCD y ha paliado la posición, una vez que se creó el escándalo de los infinitos motivos de desacuerdo. Yo creo que la postura del PSOE ha sido una postura inteligente abordando el tema autonómico, entendiéndolo que es un proceso de negociación en dos fases: negociación en el territorio autónomo y negociación a nivel global. Y que es necesario que sea en dos fases porque en el territorio autónomo se expresan fundamentalmente aspiraciones autonómicas, y a nivel global lo que se hace es componer el mosaico de equilibrio, sin privilegios y con solidaridad.

Lo que no renunciamos es a negociar, y negociamos desde el primero hasta el último artículo, todos. No tenemos por qué estar previamente acusando a los demás de haberse equivocado en cada uno de los artículos. Vamos a discutirlo y a lo mejor nos convencemos de que hay cosas que no tienen por qué calificarse de inconstitucionales, porque la Constitución no se debe emplear como arma arrojadiza. Cuando la gente habla de la Constitución en este país no se da cuenta de algo que es fundamental: la Constitución está al servicio de los pueblos de España, los pueblos de España no están al servicio de la Constitución.

La Constitución demuestra su validez en su aplicación.

Ni siquiera un texto constitucional se puede llevar a los altares para adorarlo. Una Constitución vale cuando ha funcionado durante cuarenta años, entonces se ha ratificado la validez de la Constitución. Durante diez, durante veinte, durante treinta o durante doscientos años, como en Estados Unidos. Qué duda cabe que entonces tendrá antiguallas increíbles, como la de los Estados Unidos. ¿Por qué no? En cuanto que se lee el texto se ve que es de hace doscientos años. Pero sigue funcionando porque hay una interpretación dinámica. La Constitución la ha asumido el pueblo norteamericano, no el pueblo norteamericano ha estado al servicio de la Constitución.

Esa es la visión con la que hay que abordar la vida política española, probablemente saturada de profesionales del Derecho, y lo digo con todo respeto. Cuando he hecho una acusación de juridicismo



«...la Constitución está al servicio de los pueblos de España, no los pueblos de España al servicio de la Constitución...»

ha contra la violencia y el terrorismo es posible de abordar con eficacia en los próximos dos o tres años

Ejército no tiene ningún interés en intervenir País Vasco